

¿Porqué en la sepultura
De recogerte acabas
Si de tu vida estabas
En la mañana aún?

“Conmigo tu memoria
Irá perpetuamente:
Siempre en el dulce ambiente
Tu aroma aspiraré.
¡Ay! que al dejarte presa
De muerte prematura,
Mi acerba desventura,
Mis lágrimas no ves.”

En su baston nudoso
Se apoya el peregrino:
Prosigue su camino
De su cabaña en pos;
Pero al dejar la selva
Torna la faz sombría,
Diciendo todavía:
“Adios, eterno adios!”

1850.

ULTIMO DIA DEL AÑO.

¿Porqué sin verdor el suelo
En las campiñas se ostenta,
Y la ciudad cenicienta
Y envuelto en nubes el cielo?

¿Porqué el ábrego que corre
Hierde el cuerpo, asusta el alma
Si, tras aparente calma,
Brama en solitaria torre?

¿Dónde está el ave canora
Por el cielo peregrina,
Que alzó su voz argentina
En la tarde y á la aurora?

Árido aparece el seto,
La montaña, el ancho prado;
Del árbol antes copado
Solo queda el esqueleto.

De frío el pastor temblando
Tras su rebaño camina
Que vaga por la colina
En vano yerba buscando.

En la mas profunda quiebra,
De una roca en el cimientó,
Reposa sin movimiento
La venenosa culebra.

Buscad mas allá del monte
Del mar la azulada tinta;
Ya no le veréis cual cinta
Que adornaba el horizonte;

Porque con tristeza suma,
Acotando las miradas,
Llano y cumbres elevadas
Vela densísima bruma.

El sol apenas traspone
El meridiano, ocultando
Su faz entre nubes, cuando
En Occidente se pone.

Si de la niebla triunfante
Que la circunda, una estrella
Pálido fulgor destella,
Se eclipsa en el mismo instante;

Y apenas brilla en la cumbre
De una escarpada montaña,
De la mísera cabaña
La mal escondida lumbre.

A su calor dulce en tanto,
Dando á su trabajo cima,
Anciano pastor se arrima
Y entona sencillo canto;

¡Porqué sin verdor el suelo
En las campiñas se ostenta,
Y la ciudad cenicienta,
Y envuelto en nubes el cielo?

El año presente en breve
Sorbe eternidad avara,
Y á su cadáver prepara
Blanco sudario la nieve.

El pueblo todo está junto
Del vasto templo en las naves,
Y suenan murmullos graves
Si calla el órgano un punto.

Triste la tarde pardea,
Y la lluvia fugitiva
De cada ventana ojiva
En los cristales gotea.

Y olvidamos con empeño
El dia ya trascurrido;
Pero el año, tambien ido,
¡Es otra cosa que un sueño?

¡Oh tú que llevas exacta cuenta
De aquestos años que van pasando;
Tú cuyo soplo, que nos alienta,
En honda sima los va arrojando!
Vuelve tu rostro de gloria lleno
A la criatura que de vil cieno
Formó tu diestra. ¡Piedad, Señor!
Si hartos han sido nuestros dolores,
Para tus hijos años mejores
Desde hoy trascurren en tu reloj.

Pasó muy presto la edad dichosa
 Que de inocencia guarda el perfume,
 Y mi alma triste, que el duelo acosa,
 Cual flor sin riego su Abril consume.
 A los altares donde hoy te alaba
 Desde su infancia tierna llegaba
 A demandarte gloria y virtud:
 Creyó que bajo tu Augusto manto
 Tranquila siempre, sin hiel ni llanto
 La sorprendiera la senectud.

De lo vedado por el sendero
 (Hoy te lo dice bien mi sonrojo)
 Por muchos días con pié ligero
 Vagué, escitando, Señor, tu enojo;
 Y aunque muy presto me arrepentía,
 Y á tí clamando, gozar quería
 De mi existencia la antigua paz,
 Rota la venda de la inocencia,
 Ya disipada su oasta esencia,
 Llaméla en vano; tornó jamas.

De la desdicha miré en el seno
 A muchos seres que amaba el alma;
 Se marchitaban con su veneno
 Cual de aire falta la altiva palma.
 Aborreciendo la vida inquieta,
 Te demandaban con voz secreta
 La tumba helada, puerto comun;
 Y tú les oyes, y tú les nombras,
 Y ellos pasaron cual leves sombras,
 Y ellos no existen; yo existo aún!

.....

Pero ¡qué miras, mortal suspenso,
 Al rayo claro de eterna lumbre?
 Puéblase un valle fértil, inmenso,
 De gente vária con muchedumbre.
 Rompe el cadáver la losa fría
 De los sepulcros; su faz sombría
 Conserva el sello del estupor;
 Pero del ángel la voz resuena
 Y sus artérias de sangre llena,
 Torna á sus miembros vital calor.

Padres, hermanos, amigos caros,
 No mas destierro, no mas ausencia,
 Ya que mi alma torna á encontraros
 De un Dios amado por la clemencia!

 ¡Sueño dichoso! ¡Noble esperanza!
 Tu antorcha pura, nunca estinguida,
 Desde los cielos su rayo lanza
 En las tinieblas de nuestra vida.
 ¡Oh! Mientras vamos por su desierto,
 Mientras arriba la nave al puerto,
 Senos propicio; piedad, Señor!
 Si hartos han sido nuestros dolores,
 Para tus hijos años mejores
 Desde hoy trascurren en tu reloj!

LA MUERTE DE RAQUEL.

A mi amigo el Sr. D. José Sebastian Segura.

Cuando reinaba primavera hermosa,
De la feliz Ephrata en el sendero
Un hijo amado y el adios postrero
Dió al sensible Jacob su tierna esposa.

De hijos y esclavos turba numerosa
Alza la voz con llanto lastimero;
¡Dulce Raquel, en túmulo extranjero
La muerta flor de tu beldad reposa!

Siente su corazon hecho pedazos
Jacob, y á Benjamin su ósculo sella;
A sí le estrecha en amorosos lazos:

Mira el sepulcro de su esposa bella,
Y camina llevando al hijo en brazos.
¡Con ella vino, y se alejó sin ella!

DIANA.

A mi hermano el Lic. D. Rafael Roa Bárcena.

PRIMERA PARTE.

I.

La quinta de***—Carlos hace conocimiento con la familia.—Inconstancia de los pesares del hombre.—Indecisión.

Despues de un año de silencio, ausente
Del suelo donde ví la luz primera,
Por si olvidar consigo en mis viajes
Los pesares que el ánimo atormentan,
Te escribo estos renglones, caro amigo,
Desde el recinto de una antigua selva,
En la risueña quinta adonde entrada
Tu bondadosa epístola me diera.
La sociedad dejando y su bullicio
Que sin cesar los dias me recuerdan,
En que amaba á esa jóven malograda
Que reclinó en la tumba su cabeza,
Contaba con la paz de tal recinto